

Antiguos relatos de Oscuridad y de Horror

SELECCIÓN E INTRODUCCIÓN
E. EHRENDOST

Editorial Alastor



INTRODUCCIÓN

Car si l'esprit humain ne se complaisoit pas encore dans de vives et brillantes chimères, quand il a touché à nu toutes les repoussantes réalités du monde vrai serait en proie au plus violent désespoir.

Charles Nodier. *Du fantastique en littérature.*

[«Pues si el espíritu humano no se siguiera aún complaciendo con vivas y esplendorosas quimeras, cuando tocara al desnudo todas las repulsivas realidades del mundo verdadero sería presa de la más violenta desesperación.»]

Antiguos relatos
de Oscuridad y de Horror

Sir Walter Scott

La cámara de los tapices

La siguiente narración queda redactada por la pluma, tanto como la memoria lo permite, en el mismo carácter en el que fue presentada al oído del autor. No habrá este de reclamar el obtener mayores elogios, o el ser más profundamente censurado, que en proporción al buen o mal juicio que empleó al elegir su material, puesto que ha evitado solícitamente cualquier tentativa de ornamento que pudiese interferir con la simplicidad del relato.

Al mismo tiempo, debe ser admitido que la particular clase de historia que versa sobre lo maravilloso posee una influencia mayor cuando es narrada que cuando es entregada a la imprenta. El volumen tomado al mediodía, aunque trate los mismos incidentes, transfiere una impresión mucho más débil que cuando es llevado adelante por la voz de un orador frente a un círculo de oyentes que, junto a un fuego, permanecen pendientes del relato mientras el narrador detalla los pequeños incidentes que sirven para darle autenticidad y baja su voz con una afectación de misterio cuando se aproxima a la parte de horror y extrañeza. Fue con tales ventajas que el presente escritor escuchó los siguientes sucesos, hace ya más de veinte años, de boca de la celebrada miss Seward de Lichtfield, la cual, a sus numerosos talentos, añadió, en un grado extraordinario, el peso de haberla narrado en privado. En la presente forma, la historia necesariamente habrá de perder todo el interés que ganaba por medio de la flexible voz y los inteligentes gestos de la talentosa narradora. Sin embargo, si se lee en voz alta ante una crédula audiencia, bajo la dudosa luz de un cerrado anochecer, o en silencio, cerca de una decadente vela y en medio de la soledad de una habitación tenebrosa, quizás se redima su carácter de buena historia de fantasmas. Miss Seward siempre afirmó que había recibido su información de una fuente auténtica, no obstante lo cual suprimió los nombres de las dos personas principalmente involucradas. No me aprovecharé de ninguno de los detalles que pueda haber recolectado desde entonces con respecto a los diversos puntos del relato, sino que los dejaré descansar bajo la misma descripción general en la que me fueron narrados de principio; y, por tal razón, procuraré no agrandar ni reducir bajo ningún tipo de circunstancia, con mayor o menor cantidad de material, la narración, sino que simplemente relataré, del mismo modo en que la oí, una historia de horror sobrenatural.

Cerca del fin de la guerra americana, cuando los oficiales del ejército de Lord Cornwallis, que se rindieron en la ciudad de York, y otros, que habían sido hechos prisioneros durante la imprudente y funesta contienda, estaban regresando a su país para relatar sus aventuras y reponerse de sus fatigas, llegó entre ellos un oficial general, a quien miss Seward dio en llamar Browne únicamente, se-

John Polidori

El vampiro

Sucedió que, en medio de las disipaciones y los esplendores que acompañan a la temporada de invierno londinense, hizo aparición, en las numerosas reuniones celebradas por los más selectos círculos de la sociedad, un noble más notable por sus singularidades que por su rango. Solía mirar, en todas esas ocasiones, la vana alegría que se desarrollaba a su alrededor con indiferencia, como si fuese totalmente incapaz de participar en ella. Aparentemente, lo único que lograba atraer su atención era la graciosa sonrisa de las bellas, sonrisa que él, con una mirada, apagaba, llenando de horror corazones en los que hasta entonces sólo habían reinado la frivolidad y el placer. Aquellas mujeres que experimentaban esta sensación de temor eran incapaces de explicar su causa, aunque algunas la atribuían a esos muertos ojos grises que, al fijarse en el rostro de la persona, no parecían penetrar y abrirse paso hasta los secretos sentimientos del corazón, sino que, por el contrario, caían sobre la mejilla como un rayo de plomo y gravitaban sobre la piel sin poder atravesarla. Sus peculiaridades ocasionaban que no se le dejase de invitar a casa alguna; todos deseaban conocerle, y aquellos que alguna vez habían estado habituados a las emociones violentas, y que ahora sentían sobre sus vidas el enorme peso del tedio, se hallaban encantados de poder tener ante sí a alguien capaz de despertar su interés. A pesar del cadavérico matiz de su semblante, que nunca tomaba un tinte más encendido ni por el rubor de la modestia ni por el de las fuertes emociones que las pasiones engendran, y puesto que su fisonomía y sus rasgos eran bellos, muchas de esas mujeres que viven corriendo en pos de la notoriedad se disputaban sus atenciones, o se afanaban por ganar, cuando menos, alguna muestra de aquello que los hombres denominan inclinación. Lady Mercer, que, tras su matrimonio, se había mostrado capaz de superar, en el desorden de su conducta, a todas sus monstruosas rivales de salón, se lanzó a su conquista y, excepto disfrazarse de bandolera, hizo todo cuanto pudo por llamar su atención, pero en vano. Cuando se encontraba frente a él, aunque sus fríos ojos estuviesen aparentemente fijos en los de ella, daba la sensación de que le pasaba por completo inadvertida; y así, en cuanto todo su temerario impudor hubo fracasado, abandonó sus propósitos. Pero, a pesar de que las vulgares adúlteras no pudieran robarle siquiera una simple mirada, la belleza del sexo femenino no le era indiferente; y tal era la cautela con la que hablaba a la esposa fiel y a la inocente hija, que pocos imaginaban que alguna vez se hubiese dirigido así al sexo opuesto. Tenía, sin embargo, la reputación de poseer una lengua cautivante, y, ya fuese porque esta hacía olvidar el temor que inspiraba en un principio su singular carácter, o ya bien a causa de su aparente

Edgar Allan Poe

Berenice

Dicebant mihi sodales, si sepulchrum amicæ visitarem,
curas meas aliquantulum fore levatas.

- Ebn Zaiat

La miseria tiene muchos aspectos. La desdicha de la tierra es multiforme. Sobrepassando el amplio horizonte como el arco iris, sus matices son tan variados como los matices de dicho arco; tan nítidos también, como al mismo tiempo tan íntimamente unidos. ¡Sobrepassando el amplio horizonte como el arco iris! ¿Cómo puede ser que de la belleza haya yo derivado a semejante tipo de desgracia, de una alianza de paz a semejante símil de tristeza? Pero así como, en ética, el mal es una consecuencia del bien, así, en la realidad, de la alegría nace el pesar. O los recuerdos de la pasada bienaventuranza son la angustia de hoy, o las agonías que *son* tienen su origen en los éxtasis que *podrían haber sido*.

Mi nombre de pila es Egæus; no mencionaré mi apellido. Sin embargo, no hay en mi país torres más venerables que mis lóbregas y grises heredades. Nuestro linaje ha sido llamado raza de visionarios; y en muchos sorprendentes particulares, en el carácter de la mansión familiar, en los frescos del salón principal, en los tapices de los dormitorios, en los relieves de algunos pilares de la sala de armas, pero especialmente en la galería de cuadros antiguos, en el estilo de la biblioteca, y, por último, en la singular naturaleza de los contenidos de esta, hay evidencia más que suficiente para justificar dicha creencia.

Los recuerdos de mis más tempranos años están conectados con esa mansión y con sus volúmenes, de los cuales no diré más. Allí murió mi madre. Allí dentro nació yo. Pero es mera ociosidad el decir que no había yo vivido antes, que el alma no tiene una existencia previa. ¿Lo negáis? No discutamos el asunto. Convencido yo, no busco convencer. Hay, no obstante, un recuerdo de formas etéreas, de ojos espirituales y expresivos, de sonidos musicales aunque tristes, un recuerdo que no será excluido; una memoria semejante a una sombra, vaga, variable, indefinida, inestable; y semejante a una sombra, también, dada mi imposibilidad de desembarazarme de ella en tanto la luz de mi razón exista.

En aquella mansión nació yo. Así despertando, de la larga noche de lo que parecía, pero no era, la no existencia, a verdaderas regiones de hadas, a un palacio de imaginación, a los extraños dominios del pensamiento monástico y la erudición, no es singular el que mirase yo a mi alrededor con sobrecogidos y ardientes ojos, que malgastara mi infancia entre libros y disipara mi juventud

J. Sheridan Le Fanu

Ulfar De Lacy

Una leyenda de Capperullen

CAPÍTULO I

EL LEGADO DEL JACOBITA¹

En mi infancia escuché un gran número de tradiciones familiares irlandesas de un carácter más o menos sobrenatural, algunas de ellas muy singulares, y todas, al menos para un niño, enormemente interesantes. Relataré a continuación una de ellas, aunque el paso a la fría letra de imprenta de algo conocido por medio de la narración oral, que se ve favorecida con toda la ayuda de la animación en las expresiones de la voz y del rostro humanos, más la apropiada *mise-en-scène* del anticuado hogar de la sala con su atento círculo de excitados semblantes y, fuera, el viento invernal y el gemido de las desnudas ramas, acompañado por el ocasional golpeteo del tosco y anticuado marco de una ventana tras la celosía y las cortinas mientras el viento sopla, será, como mucho, un buen intento.

Casi a mitad de camino subiendo la romántica cañada de Capperullen, cerca del punto donde los condados de Limerick, Clare y Tipperary convergen, en la entonces aislada y boscosa región de las colinas Slieve-Felim, se erguían, en los reinados de Jorge I y Jorge II, las pintorescas e imponentes ruinas de uno de los más bellos castillos anglo-irlandeses de todo Munster, y quizás de toda Irlanda.

Dicho castillo coronaba el empinado precipicio de la boscosa cañada, hundido entre los antiguos bosques que cubrían ese extenso y solitario territorio. No había vivienda alguna en un círculo de varias millas a la redonda, excepto por la media docena de casuchas y la humilde capilla de techo de paja que componían la pequeña aldea de Murroa, la cual se enclavaba al pie de la cañada, en los enmarañados límites del noble bosque.

Lo remoto de su situación y lo dificultoso de su acceso lo habían salvado de la demolición. No era digno del tiempo de nadie echar abajo y remover el pesado y tosco roble, y mucho menos la mampostería o el deteriorado techo del edificio. Todo aquello que hubiese valido el costo de un traslado hacia ya bastante que había sido llevado de allí. Al resto se lo había abandonado al tiempo, el destructor.

¹ Los jacobitas eran los partidarios de los derechos de Jacobo Estuardo (depuesto en 1688 por los protestantes) y sus descendientes al trono británico. (*N. del T.*)

Ambrose Bierce

Un habitante de Carcosa

Pues existen diversas clases de muerte. Hay algunas en las cuales el cuerpo perdura, y otras en las que se desvanece por completo junto con el espíritu. Esto ocurre por lo común únicamente en soledad (tal es la voluntad de Dios) y, al no haber visto nadie ese fin, decimos que ese hombre se ha perdido, o que ha partido para un largo viaje, cosa que en efecto hace; pero en ocasiones esto ha sucedido ante la vista de muchos, como abundantes testimonios demuestran. Un tipo de muerte hay en el que el espíritu también muere, y se ha sabido de casos en los que esto sucedió incluso mientras el cuerpo aún se mantenía vigoroso durante muchos años. Y a veces, como se ha atestiguado irrefutablemente, el espíritu muere con el cuerpo, pero pasado cierto tiempo resucita en el mismo sitio en el que el cuerpo se convirtió en polvo.

Meditando estas palabras de Hali (Dios le conceda el descanso) y preguntándome su completo sentido, como alguien que, teniendo un indicio, aún duda sobre si no habrá algo muy distinto detrás de aquello que ha discernido, no reparé en el sitio en el cual me había extraviado sino hasta que el súbito soplo de una ráfaga de viento frío sobre mi rostro me hizo tomar conciencia de mis alrededores. Observé con estupor que nada me resultaba familiar. En todas direcciones se extendía una desierta y desolada llanura, cubierta por una alta espesura de pastos marchitos que susurraban y silbaban bajo el viento otoñal con el Cielo sabrá qué misteriosas e inquietantes sugerencias. Resaltando por sobre estos, a largos intervalos, erguíanse unas rocas, de extrañas formas y sombríos colores, que parecían confabular entre ellas e intercambiar miradas de incómoda implicación, como si hubiesen levantado sus cabezas para contemplar la culminación de algún acontecimiento largamente previsto. Unos decrepitos árboles diseminados por diversos puntos parecían ser los líderes de esta malévola conspiración de silenciosa expectativa.

El día, según me pareció, debía de estar muy avanzado, a pesar de que el sol no se veía; y, aunque sentía que el aire era frío y húmedo, era consciente de este hecho más bien de forma mental que de manera física, puesto que no experimentaba sensación alguna de molestia. Por sobre todo el lúgubre paisaje, una bóveda de bajas nubes de color plomizo se cernía como una maldición visible. En todo esto había algo de amenazante y portentoso, una alusión a crímenes, una insinuación de perdición. No había ave, insecto o bestia algunos. El viento suspiraba en las desnudas ramas de los muertos árboles, y el grisáceo pasto se

M. R. James

El conde Magnus

El modo en el que los papeles con los que he elaborado una historia coherente llegaron a mis manos es el último punto que el lector conocerá a través de estas páginas. Pero es necesario anteponer a mis extractos de ellos una exposición del formato en el que los poseo.

Consisten, esencialmente, en una serie de apuntes para un libro de viajes, uno de esos volúmenes que estaban en boga entre 1840 y 1860. El *Diario de una estancia en Jutlandia y las islas danesas*, de Horace Marryat, es un buen ejemplo de la clase de libro a la que aludo. Estos libros se ocupaban usualmente de alguna zona poco conocida del continente europeo, y estaban ilustrados con grabados en madera o cobre. Proporcionaban datos sobre el alojamiento en hoteles y los medios de comunicación del lugar, tales como los que esperaríamos encontrar hoy en cualquier buena guía turística, y añadían a ello extensas conversaciones con inteligentes extranjeros, ingeniosos posaderos y locuaces campesinos. En una palabra, estaban llenos de habladurías.

Comenzados con la idea de recopilar material para la confección de un libro de este tipo, mis papeles, al progresar, asumían el carácter de un testimonio sobre una extraña experiencia personal, y este testimonio se prolongaba hasta la misma víspera, casi, de la culminación de aquella.

El autor era un tal Mr. Wraxall. Todo lo que sé sobre él deriva enteramente de las evidencias que sus escritos proporcionan, de las cuales deduzco que era un hombre que había ya pasado la mediana edad, que gozaba de algunos recursos económicos, y que se hallaba completamente solo en el mundo. No tenía, según parece, residencia estable en Inglaterra, sino que era un habitué de hoteles y pensiones. Es probable que albergara la idea de instalarse algún día, cosa que nunca llegó a concretar; y también pienso que es posible que el incendio en el guardamuebles Pantechnicon, a comienzos de 1872, pueda haber destruido muchos elementos que habrían arrojado alguna luz sobre su persona, pues hace referencia en una o dos ocasiones a objetos de su propiedad que se hallaban depositados en dicho establecimiento.

Parece asimismo que Mr. Wraxall ya había publicado un libro, que trataba sobre unas vacaciones que había tomado una vez en la Bretaña francesa. Más que esto no puedo decir sobre su obra, pues una diligente búsqueda en trabajos bibliográficos me ha convencido de que debió de publicarse de manera anónima o bajo algún seudónimo.

En cuanto a su carácter, no es difícil formarse una opinión superficial. Debí de haber sido un hombre culto e inteligente. Al parecer, estuvo a punto de ser un miembro de su colegio de Oxford; del Brasenose, según puedo juzgar por

Arthur Machen

El pueblo blanco

PRÓLOGO

—**L**a brujería y la santidad —dijo Ambrose—; esas son las únicas realidades. Ambas son un éxtasis, una renuncia a la vida corriente.

Cotgrave escuchaba con interés. Un amigo le había llevado a esa casa algo en ruinas ubicada en un suburbio al norte de la ciudad, y luego, atravesando un viejo jardín, hasta el cuarto donde Ambrose, el recluso, dormitaba y soñaba junto a sus libros.

—Así es —continuó—, la magia justifica a sus acólitos. Hay muchos, según creo, que sólo comen mendrugos secos, que no beben más que agua, y que, sin embargo, experimentan un gozo infinitamente más intenso que el que pueda conocer cualquier epicúreo “práctico”.

—¿Se refiere usted a los santos?

—Sí, y también a los pecadores. Creo que está usted cayendo en el típico error de confinar todo el mundo espiritual a lo sumamente bueno; pero lo sumamente perverso forma también, necesariamente, parte de él. El hombre meramente carnal, el hombre sensual, no tiene mayores posibilidades de convertirse en un gran pecador que en un gran santo. La mayoría de nosotros no somos más que criaturas indiferentes, confusas; pasamos atropelladamente por el mundo sin comprender el significado y el sentido oculto de las cosas, y, en consecuencia, tanto nuestra maldad como nuestra bondad son más bien mediocres, insignificantes.

—¿Piensa entonces usted que el gran pecador es, como el gran santo, un asceta?

—Los grandes hombres, del tipo que sean, desechan las copias imperfectas y se remiten a los originales. No tengo la menor duda de que muchos de los más excelsos santos jamás realizaron una “buena acción” (usando esta expresión en su sentido usual). Y, por el otro lado, ha habido quienes han sondeado las últimas profundidades del pecado y que jamás, en todas sus vidas, han llevado a cabo una “mala acción”.

Ambrose salió por un momento del cuarto, y Cotgrave, encantado, se volvió a su amigo y le agradeció el que se lo hubiera presentado.

—Es genial —dijo—. Nunca antes había visto a un lunático de esta especie.

Ambrose regresó con más whisky y sirvió con gran generosidad a los dos hombres. Denigró ferozmente a la secta de los abstemios mientras alcanzaba el agua de Seltz, y, sirviéndose un vaso, se disponía ya a reanudar su monólogo cuando se le adelantó Cotgrave.

Matthew Phipps Shiel

Xélucha

«Va él tras ella... y no lo sabe...»

¡Hace tres días!, ¡por el cielo, parece un siglo! Pero estoy perturbado... mi razón se halla aturdida. Hace un rato caí en un coma momentáneo que recordaba precisamente a un ataque de *petit mal*. «Tumbas y gusanos y epitafios»: esa es la fantasía de mi sueño. ¡A mi edad, con mi físico, caminar tambaleándome, como un hombre herido! Pero todo esto pasará; debo reponerme... mi razón se halla aturdida. ¡Hace tres días!, ¡parece un siglo! Sentado en el suelo frente a una vieja cesta llena de cartas encontré, por azar, un paquete con las de Cosmo. Las había olvidado; se están poniendo amarillentas. Verdaderamente, ya no puedo seguir llamándome joven. Me quedé sentado leyéndolas, distraídamente, transportado por los recuerdos. ¡Pero reflexionar significa perderse!; ante ese mal hábito debo torcer el cuello, o buscar la muerte. Una vez más recorrí la laberíntica armonía esférica del minuet, y me moví en el vals, con largas pompas de candelabros, el mediodía de la bacanal, a mi alrededor. ¡Cosmo era el *tsar* y el *maharajá* de los sibaritas, el Priapo de los *détraqués*! En cada inesperado rincón de su villa romana había un sofá, muy elevado, con su imprescindible escabel, flanqueado y endoselado con espejos de oro clarificado. La tisis se abatió sobre él; en los últimos tiempos, reclinado a la mesa, apenas podía, hasta que se templaba, levantar el vino; sus ojos eran como varias luciérnagas enrolladas juntas, con un halo como de vaporosas emanaciones de fósforo. Desesperada, podía advertirse, era su lucha contra el Devorador. Pero su sonrisa principesca persistió hasta el final; hasta el final (hasta el último de sus días) continuó siendo, en medio de ese cómico grupo, el indesafiante correa de todos los ritos, no diré de Pafos, pero sí de Chemos y de Baal-Pehor. Templado, no se rehusaba a la fiesta, al baile, a la cámara oscura. Era negra, esa cámara, sin luz; se llegaba a ella por un pasaje secreto; su forma era circular; su aire, caliente, azotado por fragancias de bálsamo, bedelio, insinuaciones de dulcimer, flauta, y totalmente rodeado por centenares de otomanas de Marruecos. Allí, Lucy Hill apuñaló hasta el corazón a Caccofogo, confundiendo la cicatriz de su espalda con la cicatriz de Soriac. En un baño de malaquita la princesa Egla, tras despertarse tarde una mañana, encontró a Cosmo en la rigidez de la muerte, con el agua de la bañera cubriendo todo su cuerpo.

«¡Pero en el nombre de Dios, Mérimée! —así escribía—, ¡pensar en Xélucha muerta! ¡Xélucha! ¿Puede un rayo de luna, entonces, morir de supuraciones? ¿Puede ser el arco iris devorado por gusanos? ¡Ja, ja, ja, ja!, ríe conmigo, amigo: *elle dérangerá l'Enfer!* ¡Ella introducirá el *pas de tarantule* en el Tofet!

H. P. Lovecraft

El extraño

Aquella noche soñó el barón muchos horrores,
y todos sus guerreros huéspedes, con sombras y formas
de brujas, de demonios y de grandes gusanos de ataúd,
fueron largo tiempo acosados en pesadillas.

- John Keats

Desgraciado aquel a quien los recuerdos de la infancia traen sólo temor y tristeza. Desdichado aquel que mira atrás hacia solitarias horas en vastas y lúgubres cámaras cubiertas de marrones cortinajes y exasperantes hileras de libros antiguos, o hacia espantosas vigilias en sombríos bosques de inmensos y grotescos árboles que, cubiertos de enredaderas, silenciosamente agitan sus retorcidas ramas en lo alto. Tal es lo que los dioses me concedieron a mí... a mí, el consternado, el decepcionado; el infecundo, el destrozado. Y, sin embargo, me siento extrañamente contento, y me aferro desesperadamente a esos marchitos recuerdos, cuando mi mente momentáneamente amenaza con alcanzar *el otro*.

Ignoro dónde nací, salvo que el castillo era infinitamente viejo e infinitamente horrible, lleno de oscuros pasillos y rematado por altos techos en los que el ojo sólo podía encontrar telarañas y sombras. Las piedras de los desmoronados corredores veíanse siempre hórridamente húmedas, y por todas partes flotaba un maldito hedor, como si se apilaran allí los cadáveres de generaciones enteras. Jamás había luz, de modo que a veces solía encender velas a las cuales poníame a contemplar fijamente en busca de alivio, y nunca llegaba claridad alguna del sol, puesto que los terribles árboles se erguían muy por encima de la más alta torre accesible. Existía una torre negra que alcanzaba a superar a los árboles y llegaba al desconocido cielo exterior, pero se encontraba parcialmente en ruinas y no se podía acceder a ella sino practicando una casi imposible ascensión por la escarpada pared, piedra a piedra.

Debo de haber vivido durante años en aquel lugar, pero no sabría decir cuánto tiempo. Alguien tuvo que cuidar de mis necesidades, y, sin embargo, no puedo recordar a ninguna persona excepto a mí mismo, ni a nada vivo salvo las silenciosas ratas, murciélagos y arañas. Supongo que quien me crió debió de ser atterradoramente anciano, puesto que mi primer idea de un ser humano fue la de alguien supuestamente como yo, aunque deforme, marchito y decrepito como el castillo. No había para mí nada de grotesco en los huesos y esqueletos que poblaban algunas de las criptas de piedra que se abrían en lo profundo, entre los cimientos. Increíblemente, asociaba aquellas cosas con los eventos cotidianos, y

Clark Ashton Smith

La estirpe sin nombre

Muchos y multiformes son los oscuros horrores que infestan la Tierra desde sus orígenes. Duermen bajo la roca inamovible; crecen con el árbol desde sus raíces; se agitan bajo el mar y en las regiones subterráneas; se esconden en los reductos más profundos; emergen a veces del decrepito sepulcro de orgulloso bronce o de la humilde fosa de tierra. Algunos hay que son conocidos de antiguo por el hombre; otros, que permanecen todavía ignorados, aguardando el terrible día de su revelación. Tal vez los más espantosos y abominables de todos aún no se han manifestado. Pero entre aquellos que ya se han revelado desde hace tiempo, dando a conocer su insoslayable presencia, hay uno que por su suprema atrocidad no puede en lo absoluto ser nombrado: la descendencia que los ocultos moradores de las criptas han engendrado en la humanidad.

- Abdul Alhazred. *Necronomicon*.

En cierto modo, es una suerte el que la historia que ahora debo relatar sea, principalmente, un mero cúmulo de sombras indeterminadas, de borrosas insinuaciones y de vagas deducciones. De otra manera, jamás podría esta ser escrita por mano humana o leída por ojo mortal. Mi breve participación en el espantoso drama se limitó únicamente a su último acto, y sus primeras escenas fueron siempre para mí tan sólo parte de una remota y sombría leyenda. Y sin embargo, aun así, el quebrado reflejo de sus sobrenaturales horrores ha dispersado en perspectiva los principales sucesos de mi vida cotidiana, los ha hecho parecer no más que frágiles telarañas tejidas en los oscuros bordes de algún vasto abismo azotado por incesantes vientos, o de alguna cripta entreabierta en cuyo profundo interior se ocultan, supurantes, las más negras corrupciones de la Tierra.

La leyenda a la que aludo me era conocida desde la infancia como un tema familiar de susurros y de mudos asentimientos de cabeza, pues sir John Tremoth había sido compañero de clase de mi padre. Pero yo jamás había visto a sir John, ni había visitado Tremoth Hall, sino hasta el momento en el que comenzaron los eventos que formarían el acto final de la tragedia. Mi padre me había llevado consigo al emigrar de Inglaterra a Canadá, cuando aún era yo un niño; prosperó como apicultor en Manitoba, y, tras su muerte, las colmenas me tuvieron ocupado durante varios años, impidiéndome llevar a cabo mi anhelado sueño de visitar mi tierra natal y explorar sus comarcas rurales.

ÍNDICE

Introducción	7
SIR WALTER SCOTT	
<i>La cámara de los tapices</i>	29
JOHN POLIDORI	
<i>El vampiro</i>	40
EDGAR ALLAN POE	
<i>Berenice</i>	57
J. SHERIDAN LE FANU	
<i>Ultor de Lacy</i>	64
AMBROSE BIERCE	
<i>Un habitante de Carcosa</i>	84
M. R. JAMES	
<i>El conde Magnus</i>	88
ARTHUR MACHEN	
<i>El pueblo blanco</i>	98
MATTHEW PHIPPS SHIEL	
<i>Xélucha</i>	127
H. P. LOVECRAFT	
<i>El extraño</i>	135
CLARK ASHTON SMITH	
<i>La estirpe sin nombre</i>	141